

—Y Antioquia por vascongados.

—Y Popayán por castellanos.

—Y Santander por navarros.

—Todo por todos. En cada Departamento hay apellidos de todos los reinos de España. Los Uricoecheas, Vengoecheas, Zaldúas, son vascos; los Pardos, son gallegos; las Caros, los Córdobaes, son andaluces; no nos faltan nombres catalanes, como Rubio y Sarria; ni aun portugueses, como Ferreira, Penha, Pombo.

—Ferreira es el mismo apellido Herrera, y Penha es lo mismo que Peña.

—¿Y Pombo?

—Quiere decir *palomo*, en portugués.

—¡Qué idioma tan soso! Parece un castellano deshuesado.

—No crean, es primorosa lengua. Por palabras sueltas no se puede formar idea de un idioma. Hoy los españoles empiezan á usar vocablos portugueses, sin equivalente en castellano, como *añoranza*, *saudades*.

—¿Y es difícil aprenderlo?

—Mucho, por lo mismo que se parece tanto á nuestra lengua.

—¡Vamos á jugar unos partidos!

—Vayan ustedes también, que yo tengo que hacer.

El Colegio del Rosario en 1863

(DE “RECUERDOS DE UN VIAJE DE MEDELLÍN Á BOGOTÁ”)

Tuvieron la pretensión de educarme en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, y ha de saber usted que ese honroso plantel tuvo siempre el secreto de hacerse amar vehementemente por sus hijos. Yo viví en él durante siete años, y casi no pasa un solo día de mi existencia sin que recuerde con afecto esas venerandas paredes.

El Colegio del Rosario, ó de los blancos, como lo llamó el pueblo de Bogotá, fue fundado á mediados del siglo xvii por el Sr. Arzobispo D. Fray Cristóbal de Torres, y sus Constituciones fueron calcadas, con corta diferencia, en las que servían á un establecimiento de idéntica naturaleza en Salamanca, donde aquel ilustre Prelado había recibido su brillante educación.

El Arzobispado de Bogotá era de pingües rentas, el Arzobispo muy rico, muy caritativo y de manos muy liberales, por lo cual no sólo el edificio que debía servir para albergue de los estudiantes se fabricó cómodo y de bella apariencia para la época, sino que también sus rentas quedaron aseguradas.

Era el fundador hombre avanzado en años, pero de graciosa y simpática figura, de conversación amena, propenso á chancearse, amabilísimo y culto en extremo. Cuando echaba los fundamentos de esa piadosa y útil casa, dijo, sonriéndose, "que era un medio para restituir á sus ovejas el pasto que les había quitado."

Entre varias curiosas disposiciones de los estatutos del Establecimiento había dos que merecen citarse como importantes: la primera prohibía terminantemente el que fuera recibido como colegial ningún joven que no perteneciese á la nobleza, que tuviese entre sus progenitores la mancha de algún crimen cometido; y la segunda disponía, que al tiempo de la recepción de todo alumno éste jurase, entre otras cosas, hacer alguna donación al Colegio *inter vivos* ó por causa de muerte.

En el Colegio del Rosario hubo desde el principio ocho ó diez becas para jóvenes pobres (1), cátedras de jurisprudencia, de medicina y de sagrada teología. Y ¡cosa rara!, las bases constitucionales eran, con pocas excepciones, netamente republicanas. Había Rector y Vicerrector, Consejo de Gobierno, elecciones, derecho de representación y liber-

tad de palabra. Algunos han querido explicar por esto último la circunstancia de que durante la guerra de independencia y el establecimiento de la República, muchos de los hijos del Colegio se hicieron notables por su ardor, entusiasmo y patriotismo.

En las reuniones públicas y en las de comunidad con beca, todos los colegiales debían presentarse de riguroso uniforme, que consistía en un bonete negro con dos picos con borlas, chaqueta y pantalón negros, medias y zapatos del mismo color, ropa de paño negro, beca blanca y el escudo de armas del Colegio prendido en la última y llevado sobre la parte izquierda del pecho. Este vestido estaba en conformidad con el más completo monaquismo, mitad fraile, mitad clérigo, en que la fisonomía del joven colegial, siempre alegre y festiva, iba sofocada y envuelta por una atmósfera de ascetismo.

Las becas pagadas por el Colegio se ganaban por concurso, y se concedían á quien por voto unánime de la Comunidad se hubiera desempeñado mejor en un examen sobre puntos dados. El opositor privilegiado tenía deber de componer y decir un discurso, casi siempre panegírico del Fundador, y cuando se pronunciaba el nombre de éste, la Comunidad entera, como si fuese movida por un resorte, se ponía inmediatamente en pie, en prueba de respeto y veneración.

Los alumnos del Colegio del Rosario, á pesar de ser, como todas las corporaciones estudiantiles, bullangueros, gozaron siempre, en tiempo de la Colonia, del patronato real; en tiempo de la República, de la protección del Gobierno, y siempre del cariño de los notables y de las simpatías de la plebe.

En un principio poseyó, fuera de fondos cuantiosos en caja, varias haciendas, tanto sobre la meseta como en las tierras calientes de los contornos. En el mes de Diciembre se daba asueto de quince días, y otras vacaciones de ocho en el curso del año, destinada á lo que se llamaba *paseo de*

(1) Las becas de colegial eran quince, y las de familiar, diez—N de la R.)

Colegiales. En mi tiempo, las vacaciones de Diciembre eran encantadoras, y las empleábamos en todo linaje de holgazanería y paseos al campo, baños en Fucha, el Bquerón y el río del Arzobispo, y visita á todos los belenes.

Alborotábamos horriblemente en las misas del gallo las iglesias de Santo Domingo y Egipto. ¡Pobre pueblo el que elegíamos para el paseo anual! El Colegio suelto por esos campos se parecía á las huestes de Atila en campaña.

La imagen de Nuestra Señora del Rosario, hecha por las manos delicadísimas de D.^a Mariana de Austria (1), mujer de Felipe IV, y regalada por ella al Colegio, era la patrona. Cada año se le hacía fiesta lujosísima, en que el sermón era predicado por el más gentil orador de la capital, y fue entonces cuando yo, aunque muy niño, me extasiaba con la elocuencia sobrenatural del Presbítero gaditano Sr. Guerra. Consagrábamos el día á comer, á beber, á brincar y á todo género de travesuras.

El sistema de estudios era sumamente cómodo; de suerte que quedaba mucho tiempo para los entretenimientos y ejercicios juveniles, cosa que á mi entender explica en mucha parte el tierno recuerdo que todos hacemos de aquel célebre instituto.

Sea por efecto de mala administración de parte de los Rectores encargados del cuidado del plantel, ó por motivo de otro género, vino á ocurrir que el Colegio empobreció notablemente, y aun amenazaba caer en bancarrota; y así hubiera acontecido á no ser por el vigoroso espíritu de corporación y por el cariño y celo de sus hijos. El Sr. Masústegui puede ser considerado como segundo fundador del Rosario, y el Sr. Valenzuela y el Arzobispo Caycedo como sus grandes benefactores.

(1) Margarita de Austria, mujer de Felipe III y madre de Felipe IV. (N. de la R.)

Por el aspecto de las luces, nuestro Colegio alcanzó todo lo que era dable alcanzar en este país, y sus recuerdos históricos son dignos de orgullo y lisonjeros para la Patria. Todos los grandes nombres nacionales tienen representantes honrosos en los Rectores é hijos del Rosario: los Ponces de León, los Mosqueras, los Torrijos, los Mutis, los Céspedes, los Garcías Torices, los Lamadrides, los Caycedos, Caldas, Castillo Rada, Nariño (1), Camilo Torres, Ignacio Herrera, Cabal, Duque Gómez, Núñez, Conto, Lozano y doscientos ó trescientos más nobles personajes, llevaron sobre sus hombros la beca blanca.

En el recinto del Rosario pasaron las últimas horas de su existencia Caldas, la Pola y muchas otras de las víctimas inmoladas al furor y saña de los españoles.

Mi primera visita, y creo que lo considerará usted natural, fue, pues, para mi vieja habitación. Entré por la casa rectoral y llegué á la sala del mismo nombre, en donde están reunidos los retratos de todos los grandes hombres mencionados y algunos otros. Como jamás, durante mis tareas literarias, estuve en ese salón sino lleno de respeto y recogimiento, penetré destocado. Unos señores que trabajaban en el trazado de las cartas corográficas de la Unión me recibieron con mucha cortesía y me instaron á fin de que dejara mi sombrero en la cabeza. Lo visto hasta allí me contristó, porque no hallé sino señales de decadencia; pero al seguir adelante, mi tristeza vino á ser profunda, porque me parecía que andaba aún en mis viajes por las costas meridionales del Pacífico, y que abordaba en aquel momento á una de las islas huaneras del Perú: tal era el cúmulo de inmundicias de que estaban llenos los cuartos, las galerías y hasta el patio principal.

Lo anduve todo, á pesar de la melancólica y dolorosa impresión que la diferencia de tiempos y estado de mi Colegio me provocaba. El silencio era profundo, y el lugar en

(1) Desgraciadamente para nosotros, el gran Nariño no se educó en el Rosario. (N. de la R.)

que yo había visto durante siete años las figuras activas y llenas de vigor de José Duque Gómez, Juan Nepomuceno Núñez, Conto, Patrocinio Cuéllar, Pedro Antonio Restrepo, Leonardo Canal, Juan Agustín Uricoechea, Pedro Gutiérrez Lee, Antonio María Pradilla, Ricardo de la Parra, Rafael María Giraldo, Francisco Eustaquio Alvarez, Juanuario Salgar, José María Vergara Tenorio, Antonio Vargas Vega y tantos otros que, ó se ha tragado la tumba, ó el mundo lleva envueltos, como á mí, en sus borrascas, no me mostró por único habitante sino un enorme gavilán, seria y gravemente posado sobre una de las barandas del claustro.

Motivos habría más que suficientes para que yo me extendiera en recuerdos hipocondríacos sugeridos por la situación; mas tuve por conveniente volver la espalda y dar por terminada mi visita.

Hasta el año de 1840, poco más, poco menos, las Constituciones del Rosario fueron mantenidas en plena vigencia y en conformidad con la voluntad expresa del Fundador, por todos los Gobiernos de esta tierra.

Pienso que hoy llaman el Colegio del Rosario Escuela Militar. No hay como nosotros los colombianos para esto de poner nombres altisonantes. Escuela Militar, Museo Nacional, Escuela Politécnica, Ateneo, Academia de Medicina, Oficina del Crédito Público, Sociedad de Naturalistas Neogranadinos, Liceos, Sociedad Filarmónica, &c.: cubiertas pomposas con que disimulamos nuestra ignorancia, nuestro atraso y nuestra miseria (1).

El establecimiento de casas para educar á la juventud en corporación tiene, como casi todos los negocios de este mundo, sus ventajas y sus inconvenientes. El lado bueno,

(1) A pesar de las borrascas guerreras, á las cuales hemos estado sujetos, algún avance ha obtenido la República respecto á ciertos puntos á que aludimos en la relación de este viaje. Plegue á la Providencia enmendar nuestros errores y hacer andar con paso más firme y seguro á nuestros conciudadanos por el camino que conduce á la civilización.

que sin duda alguna se buscaba en los primeros tiempos de la Colonia para la fundación de estas obras, era procurar el comercio de ideas, promover la discusión ó procurarla con la competencia y hacer brotar la chispa de luz con el roce del pensamiento. Eso se consiguió en gran parte; pero no quiero entrar en divagaciones sobre plan de estudios.

No soy antagonista sistemático de todo lo que hicieron nuestros progenitores. Por el contrario, ocasiones habrá en que examinando con justicia é imparcialidad sus originales costumbres, ponga enérgicamente mi dedo para llamar la atención sobre algunos puntos que hagan ver distinta la faz noble y honrosa de la humanidad.

Enero de 1863.

MANUEL URIBE ANGEL

(Del Boletín de Historia y Antigüedades)

EL ESTUDIANTE

(Traducido de Beauchesne)

“De rodillas en medio de la clase
Menguado niño,
De fuego para Euclides y de yelo
Para Virgilio.”

Así hablaba el maestro á un niño indócil,
De grave aspecto,
Que apenas cede á la amenaza ruda
O al blando ruego.

Hierve en sus venas la inflamada sangre
Del mediodía;
Y el fulgor de sus ojos esclarece
Su frente altiva.